

Jean-Jacques Rousseau

Emilio, o De la educación

Prólogo, traducción y notas
de Mauro Armiño



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Émile, ou De l'éducation*

Primera edición: 1990
Tercera edición: 2011
Octava reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Retrato de Jean-Jacques Rousseau: Grabado a partir de una pintura de Latour. © ALBUM
Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo, traducción y notas: Mauro Armíño
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-6446-0
Depósito legal: B. 36.896-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo, por Mauro Armíño
- Emilio, o De la educación
- 35 Prefacio
- 41 Explicaciones de las Figuras
- 43 Libro I
- 109 Libro II
- 255 Libro III
- 331 Libro IV
- 563 Libro V
- 765 Notas de Rousseau al *Emilio*
- 793 Bibliografía
- 797 Cronología

Prólogo

Cuando Jean-Jacques Rousseau, con treinta años de edad, llega a París en agosto de 1742 para presentar en la Academia de Ciencias un nuevo sistema musical de su invención, hacía más de diez años que se dedicaba a la enseñanza como medio de subsistencia. Durante su etapa de vagabundeo por Lyon, Friburgo, Lausana, Neuchâtel, Berna, etc. (1729-1730), fue la enseñanza de la música lo que le granjeó el alimento; luego, un breve periodo de dos meses como preceptor en París (1731); más tarde, la música otra vez, para señoritas de buenas familias de Chambéry (1732). Por *Las confesiones* sabemos que en 1740 aceptó el puesto de preceptor en casa de Jean Bonnot de Mably, a la sazón preboste general de la mariscalía de Lyon, y que tres años más tarde la esposa del recaudador de impuestos y gran financiero Dupin le pidió «vigilar durante ocho o diez días a su hijo», Jacques Armand Dupin de Chenonceaux, de trece años. Además de estas etapas documentadas, alusiones del *Emilio*, puestas en relación con *Las confesiones*, parecen indicar que, entre 1734 y 1736, Rousseau se dedicó a la pedagogía, que, por un momento, él mismo creyó ejercicio y oficio dignos para sus talentos. En carta a su pa-

dre de finales de 1735 confiesa su dedicación profesional a la enseñanza:

Veamos ahora qué convendría hacer en la situación en que me encuentro. En primer lugar, puedo practicar la música, que sé de forma bastante pasable para hacerlo; en segundo lugar, algún talento que tengo para la escritura (hablo del estilo) podría ayudarme a encontrar un empleo de secretario en casa de algún gran señor; por último, dentro de algunos años y con un poco más de experiencia podría servir de ayo a jóvenes de calidad (...); en cuanto al puesto de ayo de algún joven señor, os confieso naturalmente que es el estado hacia el que siento alguna predilección (...). Me he hecho un sistema de estudio que he dividido en dos partes principales: la primera comprende todo lo que sirve para esclarecer el espíritu y para adornarlo con conocimientos útiles y agradables, y la otra abarca los medios para formar el corazón en la sabiduría y en la virtud (*Correspondance générale*, t. I, págs. 30-32).

Dada la lamentable situación de la enseñanza de la época, el autodidacta Rousseau se hallaba en condiciones inmejorables para abordar un sistema educativo basado en la naturaleza y en la experiencia, y no en prejuicios, caminos preconcebidos y rutinas. Rousseau apenas asistió a cursos ni siguió estudios; todo su aprendizaje se había basado en las lecturas que su padre le había hecho en la infancia, cuando se metía entre sus rodillas, en los rudimentos que había aprendido con el pastor Lambercier, y en una parcas lecciones de latín con algún otro eclesiástico. Con esa base, y por su cuenta, Rousseau se lanzó a la lectura siguiendo un *método* capaz de contrarrestar la escasa capacidad para el estudio que él mismo se reconoce¹. Engolfa-

1. *Las confesiones*, Alianza Editorial, 2008, pág. 292. Para los libros citados sumariamente en las notas, véase la bibliografía que remata el texto

do en temas, asuntos y autores muy diversos, logró –gracias a ese método que había deducido de *Entretiens sur les sciences*, escrito por un oratoriano, aunque cartesiano acérrimo, Bernard Lamy– evitar el enciclopedismo vacuo y asfixiante del autodidacta que se adentra por enfoques eruditos de mira estrecha:

Me convenían más los que mezclaban la devoción a las ciencias; tales eran sobre todo los del Oratorio y de Port-Royal. Empecé a leerlos o, más bien, a devorarlos. En mis manos cayó uno del padre Lamy titulado *Entretiens sur les sciences*. Era una especie de introducción al conocimiento de los libros que tratan de ellas. Lo leí y releí cien veces y decidí convertirlo en mi guía².

Si la historia y la filología eran las bases de las *Entretiens*, Lamy, siguiendo a Descartes, abordaba las ciencias naturales, proponía empezar por las matemáticas y recomendaba encarecidamente, como apoyo de todo el sistema de estudio, la observación de las relaciones existentes entre objetos y conceptos, pero sólo de aquellas relaciones que brotan con nitidez a los ojos más desprevénidos.

A ese libro de *Entretiens* hay que sumar el perseguido *Dictionnaire historique et critique*, de Pierre Bayle, por lo que se refiere a su «enciclopedismo» básico; en cuanto a ensayos y libros de educadores y pedagogos, Rousseau ya conocía el ensayo de Montaigne «De la instrucción de los niños» cuando aceptó el preceptorado de Lyon. Una influencia mayor –porque del concepto bajaban a la experiencia– sacó de otros educadores, hoy olvidados, que en esa primera mitad del siglo XVII

(págs. 793-796). Citamos siempre el número de página de la última edición disponible en Alianza Editorial. Y para lo referente a la vida y escritos de Rousseau, en la página 797 y ss. una cronología señala los momentos, hechos y títulos principales.

2. *Las confesiones*, ibíd., pág. 288.

eran tachados de «modernistas»: el *Traité des études*, del jansenista Rollin, citado en el primer intento pedagógico de Rousseau, el *Projet pour l'éducation de M. de Sainte-Marie*; el *Traité du choix et de la méthode des études*, del abate Fleury, opuesto a la escolástica de los jesuitas y, al mismo tiempo, uno de los enemigos más acérrimos de nuestro autor; el *Traité de l'éducation des enfants*, de Jean-Pierre de Crousaz, a quien el *Emilio* califica de «el pedante de Crousaz», etc. De cualquier modo, el libro clave, tanto para la aceptación de influencias como para el rechazo y la discrepancia, es *De l'éducation des enfants*, de Locke, recopilación de consejos prácticos para conseguir disciplina de parte de los educandos.

Con este bagaje, Rousseau tiene que exponer «las condiciones en que podría encargarme de la educación de sus señores hijos», en el citado *Projet*, que supone el primer esbozo –basado en teorías librescas más que en una práctica pedagógica empirista continuada– de su pensamiento futuro, aunque su mira, en ese escrito, esté predeterminada por la condición de los alumnos, los hijos del señor de Mably, el mayor de los cuales estaba destinado a la carrera militar.

El señor de Mably, preboste general de Lyon, pasaba por ilustrado y filósofo; dos hermanos suyos lo eran en ejercicio: el abate de Mably y el abate de Condillac, autor del *Tratado de las sensaciones*. Sus dos hijos, de cinco años y medio (François-Paul-Marie Bonnot de Mably) y de cuatro y medio (Jean-Antoine Bonnot de Mably) poseían un carácter y unas cualidades muy distintas; el primero, «bastante abierto y vehemente, atolondrado, bromista y malicioso, pero de una malicia traviesa», contrastaba con el menor, «casi estúpido, y era remolón, tozudo como una mula; no podía aprender nada»³. Desde luego, esa primera experiencia como preceptor de los jóvenes Mably supuso un desastre tal que Rousseau

3. *Las confesiones*, ibíd., pág. 327.

quedó muy descontento de sí mismo, como manifiesta en *Las confesiones*. Sin embargo, el *Projet* analiza con calidad filosófica y nitidez de análisis las circunstancias en que iba a desempeñar su trabajo, basado siempre en el «genio», en el carácter de sus alumnos; desde sus inicios, Rousseau asienta precisamente el método educativo en el conocimiento del genio de cada alumno.

Con posterioridad al preceptorado de los Mably, hubo otro más breve, en 1843, cuando Mme. Dupin le propuso hacerse cargo de una suplencia, de ocho o diez días solamente, del preceptor de su hijo, Armad Dupin de Chenonceaux; también guardará Rousseau un mal recuerdo de esa breve etapa, pese a lo cual no dudó en convertirse en compañero de estudios del mayor de los Dupin, Charles-Louis, de veintisiete años, al que acompañó a Rouelle para seguir allí un curso de química. En el verano del citado año, tras su traslado a Venecia como secretario del conde de Montaigu, embajador de Francia, abandona definitivamente la pedagogía que poco antes consideraba como la más clara de sus salidas profesionales.

Ha comenzado otra etapa para Rousseau, la etapa de madurez, en la que va a escribir sus obras claves. Pero antes, como germen de la nueva orientación de su pensamiento y de su conducta, se produce un hecho decisivo, la «iluminación» de Vicennes, absolutamente determinante para su vida, para su pensamiento y para sus nuevos puntos de vista, que desarrollará en el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, en *Del Contrato social*, y también en el *Emilio*. En sus *Cartas a Malesherbes* el propio Rousseau narró el fenómeno y sus consecuencias; en agosto de 1749:

Fui a ver a Diderot, entonces prisionero en Vicennes [por un delito de prensa]; tenía en mi bolsillo un *Mercure de France* que me puse a hojear durante el camino. Caí sobre el tema de la

Academia de Dijon que dio lugar a mi primer escrito. Si alguna vez algo se ha parecido a una inspiración súbita, fue el movimiento que en mí se produjo ante aquella lectura; de golpe siento mi espíritu deslumbrado por mil luminarias; multitud de ideas vivas se presentaron a la vez con una fuerza y una confusión que me arrojó en un desorden inexpresable; siento mi cabeza tomada por un aturdimiento semejante a la embriaguez. Una violenta palpitación me oprime, agita mi pecho; al no poder respirar mientras camino, me dejo caer bajo uno de los árboles de la avenida, y paso media hora en tal agitación que al levantarme percibo toda la parte delantera de mi traje mojada por mis lágrimas sin haber sentido que las derramaba. ¡Oh, señor, si alguna vez hubiera podido escribir la cuarta parte de lo que vi y sentí bajo aquel árbol, con qué claridad habría hecho ver todas las contradicciones del sistema social, con qué fuerza habría expuesto todos los abusos de nuestras instituciones, con qué sencillez habría demostrado que el hombre es naturalmente bueno y que sólo por las instituciones se vuelven malvados los hombres. Todo cuanto pude retener de aquellas multitudes de grandes verdades que en un cuarto de hora me iluminaron bajo aquel árbol ha sido bien débilmente esparcido en mis tres escritos principales, a saber, ese primer *Discurso*, el que versa sobre la *Desigualdad* y el *Tratado de la educación* [el *Emilio*], obras las tres que son inseparables y que forman un mismo conjunto⁴.

No es el *Emilio*, según la intención del autor, un tratado pedagógico a secas, sino una de las hojas de un tríptico, ensamblada en las otras dos para diseñar al «hombre político»: desde su estancia en Venecia, Rousseau quedó convencido de que «todo atañía radicalmente a la política» y de que el hombre del *Contrato social* resultaba impensable sin una labor educadora

4. En *Cartas a Malesherbes* (12 de enero de 1762), recogida en *Las ensueñas del paseante solitario*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pág. 197.

procedente del Gobierno y que apuntase a un tiempo a la colectividad y al individuo, a la política y a la moral. Por eso, en su punto de partida se aleja de la filosofía de las Luces, para la cual las transformaciones político-sociales derivan, se engendran y brotan del individuo. Rousseau no comparte ese voluntarismo que, a la postre, iba a mostrarse utópico.

El concepto de educación no podía dejar de ser uno de los campos de batalla, si no el eje, del movimiento ilustrado; de la educación individual y, sobre todo, de la educación pública, piedra angular del edificio que tenía por meta última la estrecha relación ciudadano-patria. No fueron por tanto los pedagogos –Rollin, etc.–, quienes esbozaron las líneas maestras de la enseñanza, sino los filósofos, o, más exactamente, los ideólogos de la filosofía política, como Montesquieu, el abate de Saint-Pierre y los colaboradores de la *Enciclopedia*. Todos ellos –Rousseau incluido– partían del *Traité de l'opinion*, de Legendre de Saint-Aubin, y parecen haber grabado sobre sus cabeceras, en letras de oro, algunos de sus párrafos; por ejemplo el que reza:

Los legisladores se han preocupado mucho de la educación de los niños, fundándose en el principio de que los niños pertenecen mucho más a la república que a sus padres. Es principalmente por la educación por donde ha de grabarse, en los corazones de los jóvenes ciudadanos, el amor a la patria, el respeto por las leyes, un firme apego por todos los deberes, el hábito de la subordinación y de la obediencia; por último, ésa es la única vía para introducir en toda una nación el espíritu del bien público y un carácter general decisivo para su felicidad y para su gloria. Licurgo consideró la educación de los niños como el asunto más importante del Estado, y Platón hace de ella uno de los fundamentos de su política⁵.

5. *Traité de l'opinion*, París, 1741, t. III, págs. 520-521.

El repertorio de beneficios y objetivos educacionales fue ampliado por otros pensadores en ese sentido cívico, patriótico y laico; aunque algunos pedagogos del Oratorio insinúan la necesidad de una base religiosa, la tendencia laica apunta a la «humanidad (...) sentimiento de benevolencia hacia todos los hombres, (...) sublime entusiasmo [que] se atormenta con las penas de los demás y con la necesidad de aliviarlas». Dos frases de Pierre Charles Levesque definen con toda nitidez la trayectoria del pensamiento ilustrado:

El deber del Ciudadano es ser útil a la Sociedad. No basta, pues, que se prohíba hacer daño alguno a los demás, ser injusto, desobedecer las leyes; es preciso, además, que haga todo el bien que pueda hacer, que rinda todos los servicios que de él dependen⁶.

Como el resto de los enciclopedistas, Rousseau va a «pensar» en esa dirección, pero ideando un *totum*, una totalidad conceptual para el hombre. Cuando en 1751 abandona todos sus trabajos, incluidas sus clases, menos el ganapán de copista de música, con la declarada decisión de vivir pobre y libre, único medio para escribir «grandes y útiles verdades», en su cabeza bullen los proyectos sugeridos por la «iluminación» de Vienne: además de *La Nouvelle Héloïse* –que no deja de ser un tratado de educación, aunque menos sistematizado–, desde hacía algún tiempo «yo meditaba un sistema de educación, del que me había rogado ocuparme Mme. de Chenonceaux, a quien la de su marido hacía temblar por su hijo».

En el primer «sistema» pedagógico rousseauiano –el *Project pour l'éducation de M. de Sainte-Marie*–, la primacía otorgada a la pureza de corazón del alumno obtenía, como derivación inexcusable, una rectitud de juicio y una integridad de

6. *L'homme moral, ou l'homme considéré tant dans l'état de pure nature que dans la société*, Amsterdam, 1775, cap. XXVII, pág. 182.

espíritu; pero pronto ha de pasar por el contraste de la realidad. En el segundo acercamiento, cuando corrige ese *Projet* para uso de Mme. Dupin, la influencia de Locke ha comenzado a sembrar la duda en el viejo idealismo sentimentalista. El tercero se despega de ese lastre para ver la educación como una institución política: es en la carta 3.^a de la V parte de *La Nouvelle Héloïse* donde se enfrentan dos concepciones totalmente irreconciliables; la conversación que mantienen Wolmar y su esposa, por un lado, y por otro Wolmar y Saint-Preux: éste, el hombre de la naturaleza, el hijo de un patriota que había luchado por su país, quiere formar ciudadanos; y el ciudadano, según ese momento de Rousseau, se caracteriza por un amor propio que tiene como eje de su conducta la colectividad. La sociedad es otra cosa, el conjunto de todas las depravaciones, de todas las corrupciones, de todos los egoísmos, y nada podrá derribar esos muros entre los que reina la hipocresía. Es inútil ejercer la virtud en ese medio.

Frente a Saint-Preux, la ciudad de Wolmar y Julie, regida por el corazón, centrada en la monarquía, rindiendo homenaje a los valores patriarcales y a los impulsos de la naturaleza más primitiva, se basa en el temperamento, en aquello mismo que centraba el *Projet* primero de Rousseau: en el carácter del niño, en el genio particular y peculiar del individuo. La naturaleza en estado puro (Wolmar) o con unas notas de religión (cristiana, de Julie) se opone así a la filosofía plenamente societaria, política, de Saint-Preux, capaz, llegado el caso, de «corregir a la naturaleza».

En esa charla de Saint-Preux y Wolmar se esboza, a grandes rasgos, el *Emilio*; en efecto, el principio materialista del genio peculiar del niño invade los tres primeros libros para volverse hacia el enfoque moralizante del *Projet* en el IV. ¿Dónde quedan los planteamientos de Saint-Preux? Dando una voltereta, Rousseau hace que Wolmar encargue a su oponente, a Saint-Preux, la educación de sus hijos.

Según *Las confesiones*, en 1759, una vez acabados durante el año anterior diversos trabajos literarios (la *Lettre à D'Alembert* entre ellos), Rousseau se pone «buenamente» a escribir el *Emilio*, según carta a Madame de Créqui, que le había pedido consejo para la «peste» de su hijo; cinco meses más tarde concluía un manuscrito de 430 páginas, es decir, una breve memoria sobre la educación de tipo doméstico, *ad usum* de una madre —en el mismo caso se encontraban tanto Mme. de Chenonceaux como Mme. de Créqui— que solicitaba pautas de comportamiento para hacer de su hijo un hombre recto y no un libertino. Esa breve memoria no tendrá, por el momento, continuación; Rousseau deja de escribir precisamente en esas fechas, según parece indicar una misiva a Dom Deschamps: «... hace ya tres años que dejé la pluma y estoy más decidido que nunca a no volver a cogerla jamás» (22 de mayo de 1762).

En esta peripecia intelectual que camina hacia un tratado de educación hay, sin embargo, un punto oscuro. Por esas fechas, el hombre que pretende enseñar a los otros, a la sociedad a educar a los hijos, ha enviado a los suyos, recién nacidos y uno tras otro, al Hospicio. ¿Hay alguna relación entre ese hecho y la escritura del tratado? ¿Un asomo de sentimiento de culpabilidad? Son varias las disculpas que el autor da intentando, si no justificar, al menos expresar un remordimiento del que habla en *Las confesiones*:

Al meditar mi *Tratado de la educación*, me di cuenta de que había descuidado deberes de los que nada podía dispensarme. Finalmente, el remordimiento fue tan vivo que casi me arrancó la confesión pública de mi falta al comienzo del *Emilio*.

Hay otras excusas más ambiguas, más justificativas en otras páginas.

Esa «breve memoria», que se conoce como el «manuscrito Favre» del *Emilio*, contiene abundantes diferencias respecto al

texto definitivo, mucho más complejo y menos enunciativo de sus esquemas; procediendo mediante una acumulación de materiales, mediante ampliaciones del manuscrito Favre, Rousseau rellena de carne el esqueleto inicial; no hay, sin embargo, idénticas pulsiones en los dos «Emilios»: los enfoques más materialistas de la primera versión quedan rebajados en la definitiva, que se orienta hacia la vieja perspectiva espiritualista, psicologista, de que hacía gala el *Projet*, y que se asentaba en la conversación de Wolmar y Saint-Preux.

En resumidas cuentas, cuando Rousseau se enfrenta a la versión última del *Emilio*⁷, tiene a sus espaldas una serie de preceptorados más bien fallidos, el cúmulo de lecturas en que bebieron los enciclopedistas, varios esbozos pedagógicos, una «iluminación» que le permite ver en su globalidad al hombre y una peripecia personal que contrasta de forma sangrante con lo que escribe: en última instancia, en la década de los cincuenta Rousseau ya se había escabullido de sus responsabilidades ante las claves que sus escritos declaraban bases sagradas de la sociedad: como ciudadano, como esposo (en el *Emilio* afirma que si fuera rico permanecería siempre soltero) y como padre (enviando a sus hijos a la Inclusa). Las etapas cronológicas de la redacción —dejando a un lado la «Profesión de fe del Vicario Saboyano», algo anterior—, serían: el *Emilio* del manuscrito Favre se habría rematado en casa del mariscal de Luxembourg, en el Petit Château de Montmorency, donde Rousseau se instala en mayo de 1759; de forma bastante verosímil, Jimack supone que hacia finales de ese año inicia la segunda y definitiva redacción de esta «novela de la naturaleza humana», más que tratado de educación, y que en otoño de 1760 la concluye.

7. El estudio más notable sobre el tema se debe a Peter D. Jimack: *La genèse et la rédaction de l'Émile de Jean-Jacques Rousseau. Étude sur l'histoire de l'ouvrage jusqu'à sa parution*, Ginebra, 1960.

¿Novela, tratado pedagógico, ensayo, o mucho más que todo eso? La larga gestación del libro y sus dos versiones han embarullado la madeja, dejando huellas de las pretensiones iniciales y despistes fáciles de rastrear en el texto. Así, Jimack, al desempolvar el proceso de escritura, encuentra que el nombre de Emilio nace muy tarde en la cabeza de Rousseau, en el tercer libro del *Emilio* (manuscrito Favre). En la versión definitiva ha subsanado esa «tardanza» en la aparición del protagonista; dado que la práctica y la experiencia deben materializarse cuanto antes en un sistema pedagógico, lo mejor es, tras unas breves normativas genéricas introductorias, coger de la mano al niño y empezar a caminar. La redacción se resiente de ese surgimiento tardío de Emilio, que se corporeiza para expulsar a la «tierna y previsora madre» a la que se dirige Rousseau en el tercer párrafo del libro I, ante todo, por necesidades internas, dado que el papel de la madre acaba muy pronto según los planes pedagógicos rousseauianos; luego, por la conversión, dentro del texto, del escritor en preceptor; personificado éste, es menester la concreción: personificación de un alumno que más adelante terminará siendo bautizado con el nombre del título. Pero así sólo se ha resuelto la mitad del problema, porque ese joven no puede completarse si no es en la pareja, en el matrimonio; y como la educación de los dos sexos no ha de ser la misma, Rousseau, aunque abogue por la identidad de ambos en la infancia, exige prácticas pedagógicas totalmente distintas; de ahí que, en el libro V, cree a Sofía para acompañarla en sus fases de niña, joven y mujer.

De la tesis filosófica al estudio antropológico pasando por aventuras imaginarias, un ensayo de moral religiosa y un apéndice sobre los viajes, además de una apretada síntesis del *Contrato social*, el *Emilio* es una caja de géneros «literarios» y aleatorios. Pero ¿le importaban acaso a Rousseau las normas y obligaciones que imponían los géneros? ¿Y en el siglo XVIII? En su cabeza, la literatura apenas tiene cabida. En Rousseau predomina el con-

cepto de escritura global por más que se sepa dueño de un cuidado estilo; aunque la califique de «novela de la naturaleza» o ensayo pedagógico, su idea profunda queda patente en una carta a Philibert Cramer de 13 de octubre de 1764:

No puedo creer que toméis el libro que lleva ese título por un verdadero tratado de educación. Es una obra bastante filosófica sobre el principio, adelantado por el autor en otros escritos, de que el hombre es naturalmente bueno. Para concordar ese principio con esta otra verdad no menos cierta de que los hombres son malvados, era preciso mostrar en la historia del corazón humano el origen de todos los vicios. Es lo que he hecho en ese libro.

Por si fuera poco esa amalgama de filosofía general, moral, política, religiosa (la «Profesión de fe»), de psicología, pedagogía, etc., el *Emilio* es también encrucijada de avatares personales del autor, que se enmascara de escritor, de preceptor real, de preceptor imaginario, y enmascara a los personajes que crea, desde la tierna y previsora madre hasta Sofía.

El juego de máscaras no impide que los espejos reproduzcan la realidad, y el hecho clave del *Emilio* como encrucijada del autor y sus teorías es, precisamente, el papel real jugado por Rousseau como educador de sus hijos, como padre que sí, como teórico, cuando engendra y alimenta a sus vástagos, no ha hecho más que un tercio de su tarea, como ser humano engendró para terminar enviando alegremente el producto a la Inclusa. Ese punto ha parecido esencial a los estudiosos que se han preguntado por el papel jugado, en la gestación y redacción de un tratado pedagógico, por los remordimientos de Rousseau padre. Pierre Burgelin se basa en el citado análisis de Jimack para zanjar las cuestiones con cierto sentido de aproximación a la realidad:

Atengámonos ante todo simplemente al siguiente hecho: Rousseau se ve como ayo, sustituto de un padre culpable de no haber aceptado educar él mismo a su hijo. Pero no es un mercenario, se hace padre espiritual mientras que el padre según la naturaleza se desvanece. ¿Cómo no adivinar la nostalgia de un Rousseau al que tan fácil le habría sido convertirse en ello? Es padre frustrado, y frustrado por culpa suya. Sabemos que, en el curso de su obra, ha introducido una alusión precisa sobre el abandono de sus hijos. Incluso pretende, en una carta a Mme. de Luxembourg, que liberarse de su remordimiento habría sido uno de los móviles de su empresa: en cierto modo se redimiría educando perfectamente a Emilio.

En ocasiones se ha sospechado habilidad en esa declaración: su secreto ya se propalaba y había que temer el ridículo de un padre desnaturalizado dictando su ley a unos padres fieles. A este propósito, P. D. Jimack hace algunas observaciones pertinentes. Si Rousseau no se engaña, ciertos pasajes sobre los padres y la paternidad manifiestan una curiosa inconsciencia, o un perfecto cinismo para quien se pretende cargado de remordimientos. ¿Qué le dice al padre que da un ayo a su hijo? «¡Alma venal! ¿Crees dar a tu hijo otro padre con dinero?» ¿Cómo calificar entonces el alma de quien da, incluso gratuitamente, sus hijos a cualquiera, con el futil pretexto de una educación platónica? La hipótesis más generosa sería que Rousseau olvidó su propio crimen, a menos que desde el principio no lo haya juzgado como tal y se haya dejado persuadir por buenas razones: una costumbre muy establecida, una de cuyas víctimas fue D'Alembert, la incapacidad de Thérèse y de los Levasseur. Si los padres son corrompidos, explica Rousseau, la culpa es de las madres. Todo esto sería bastante vil, y P. D. Jimack, apoyándose en una frase del libro XII de *Las confesiones*, propone que *Emilio* no fue el efecto, sino la causa del remordimiento, la verdadera toma de conciencia de una felicidad

de la que Rousseau se privó, libre y torpemente, al renunciar a su paternidad⁸.

Son varios los esquemas que la filología francesa ha hecho de esta obra filosófica que plantea los problemas de la educación. La abundancia de sujetos, temas, partes, subpartes, modos narrativos o ensayísticos, la inclusión de ensayos enteros como la «Profesión de fe», o sobre los viajes, el resumen del *Contrato*, confidencias personales, máximas, anécdotas, recurrencia a los clásicos, digresiones, en fin, de todo tipo que pueden dar la impresión de fárrago inaccesible. Sin embargo, un esquema somero demuestra que el plan del autor es nítido y que el esqueleto ensambla perfectamente las partes y las subacciones. De aquellos esquemas que los estudiosos han establecido para uso escolar, como índice casi, el más sintético y claro tal vez sea el que Michel Launay elabora en su prólogo a la edición del *Emilio* (Garnier-Flammarion, París, 1966), y que es como sigue:

Libro I: «La edad de naturaleza»: el niño de pecho (infans)

- Introducción: importancia y objeto de la educación.
- «La verdadera nodriza es la madre».
- «El verdadero preceptor es el padre».
- La nodriza de Emilio.
- «Antes de hablar, antes de oír, ya se instruye».

Libro II: «La edad de naturaleza»: de 2 a 12 años (puer)

1. Educación de la sensibilidad:
 - los gritos y los llantos;
 - «el bienestar de la libertad»;
 - «la dependencia de las cosas».

8. P. Burgelin, introducción al *Émile*, (*O. C. de J.-J. Rousseau*, Pléiade, tomo IV, págs. CXXXIX-CXXX).

2. Educación moral:
 - «máximas generales»;
 - «ejemplos»: propiedad, verdad, caridad.
3. Educación intelectual:
 - partir del interés sensible;
 - crítica de las palabras;
 - crítica de la historia;
 - crítica de las fábulas de La Fontaine;
 - nada de libros antes de los 12 años.
4. Educación del cuerpo:
 - ejercicios físicos;
 - preceptos de higiene, natación.
5. Educación sensorial:
 - el tacto;
 - la vista;
 - el oído;
 - el gusto;
 - el olfato.

Libro III: «La edad de fuerza»: de 12 a 15 años

1. Educación intelectual:
 - de la necesidad a la utilidad;
 - experiencias, nada de discursos;
 - construcción de máquinas;
 - importancia del principio de utilidad;
 - un solo libro: *Robinson Crusoe*.
2. Educación manual y social:
 - contra los prejuicios;
 - la jerarquía de los oficios;

- educación social;
 - necesidad de un oficio manual;
 - elección del oficio: Emilio carpintero.
3. Conclusión: «Emilio tiene pocos conocimientos, pero los que tiene son verdaderamente suyos».

Libro IV: «La edad de razón y de las pasiones»: de 15 a 20 años

1. Educación del ser moral:
 - educación sexual;
 - de la piedad a la sociabilidad;
 - estudio de la historia y de las pasiones;
 - la beneficencia;
 - problema de la educación religiosa.
2. Educación religiosa: «Profesión de fe del Vicario Saboyano»
 - a) Primer discurso: la religión natural.
 - la prueba de la duda;
 - las evidencias del corazón;
 - la voz de la conciencia.
 - b) Segundo discurso: las religiones reveladas.
 - crítica de las religiones reveladas;
 - ante el Evangelio: «ser siempre modesto y circunspecto»;
 - conclusión práctica: ni filósofo, ni intolerante.
3. Recuperación de la educación moral.
 - nuevos medios de educación: la religión, la razón, la amistad;
 - qué hacer ante la llamada de los sentidos y del corazón;
 - entrada de Emilio en el mundo;